

B. 1955  
B. 5  
V. 2

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

BARCELONA.—Establecimiento tipo-litográfico de La Editorial Católica, calle de Gravina núm. 2.

LIBRO II

**LOS PAPAS Y LOS BÁRBAROS.**



## LIBRO II

# LOS PAPAS Y LOS BÁRBAROS

---

### SUMARIO

Los papas anteriores á la época de las irrupciones— Juliano el Apóstata—Nuevos triunfos de la Iglesia—Destrucion del imperio de Occidente—Carácter providencial de la invasion bárbara—Sus progresos—Triunfo del cristianismo sobre los bárbaros—San Leon el Grande—Beneficios que se deben al pontificado en esta época.

#### I.

Con el triunfo obtenido en tiempo de Constantino por la Iglesia, entra esta y por consiguiente el pontificado en una nueva fase. Ya no se trata de luchar por la existencia de la corporacion, sacrificando para conseguirlo, la individual; ya no se trata de arrostrar toda clase de peligros para propagar la doctrina sublime del Crucificado, llevándola á todos los confines del mundo conocido, y para sostener la fé en los adeptos, reuniéndolos en las catacumbas ó en sitios recónditos, ocultos á las ávidas miradas de los fanáticos y feroces paganos; ya no se trata, por consiguiente de dar testimonio de la verdad, sellándolo con la propia sangre; ya, en fin, no es necesario que los pontífices, como cabeza suprema de la Iglesia, den ejemplo á los fieles ciñendo á sus sienes la sublime corona del martirio. La Iglesia está en paz; no solo se la ha reconocido el derecho á existir con el carácter que la es peculiar y propio, sino que goza justas inmunidades, justísimos privilegios; no solo la religion católica es admitida en el imperio, al igual de las demás religiones, sino que implícitamente viene á ser reconocida como la única verdadera, por la conversion y por la conducta de Constantino y otra porcion de personajes ilustres. No menos debia esperarse del pro-

videncial auxilio prometido á la Iglesia por su divino fundador, cuya venida al Mundo fué asimismo el cumplimiento de otras promesas igualmente divinas.

En la nueva época que va á inaugurarse, siendo completamente distintas de las anteriores las circunstancias en que va á encontrarse la sociedad cristiana ¿responderá el pontificado á los fines á que obedeció su institucion? ¿Mostraronse los supremos gerarcos tan dignos de su elevado puesto como sus treinta y tres antecesores que, luchando con dificultades increíbles, demostrando un valor sobrehumano, una superior inteligencia, una constancia á toda prueba, difundieron sucesivamente por todas partes la voz del Evangetio, impidieron que se oscureciesen los ojos de los que ya habian recibido aquella luz, alentaron á los débiles y fueron ejemplo de los fuertes y admiracion de todos, pereciendo, en su inmensa mayoría, á manos de los verdugos del paganismo?

Cuantos conozcan un poco la historia de la Iglesia, cuantos siquiera, hayan leído atentamente lo que se ha indicado de un modo sumario en la Introduccion de la presente obra, no vacilarán en dar á las anteriores interrogaciones una respuesta categóricamente afirmativa. Si, los pontífices posteriores á San Melquiades, fueron tan dignos de desempeñar el cargo de Vicarios del Hombre-Dios, como sus antecesores. El triunfo del catolicismo estaba asegurado, debia consolidarse, sin que á ello fuera obstáculo la breve persecucion ocasionada por Juliano el Apóstata, último esfuerzo intentado por los sacerdotes de las falsas y ridículas creencias antiguas. No era preciso, pues, combatir y morir, sino impulsar el carro triunfal de la iglesia, haciéndole recorrer todo el espacio que por Dios mismo está señalado para que lo recorra, es decir, el Orbe entero. Y para esto se hacía indispensable, imponiase como de toda necesidad, perfeccionar la organizacion eclesiástica, dar forma y desarrollo al naciente derecho canónico, sostener los derechos adquiridos, reclamar los que, no reconocidos todavia, corresponden á la Iglesia como medios indispensables para que pueda cumplir su celestial mision, velar por la pureza del dogma y de la doctrina, impidiendo que uno y otra se desnaturalizasen por la mala fé ó por la ignorancia de los herejes. Y á todas esas atenciones acudieron los sucesores de San Melquiades.

Pero habia más que hacer. Presentábase un nuevo peligro, un gran mal que la Providencia con su inmenso poder, con su bondad inmensa, habia de convertir en un gran bien para la humanidad: la invasion de los bárbaros. ¿Qué fué este hecho, en la apariencia, para los espíritus superficiales, para aquellos que no ven ó no quieren ver en todos los grandes hechos históricos, la mano de un Dios omnipotente y provido, remunerador de buenos, castigador de los malos que persisten en su maldad, pero piadoso con todos, en cuanto la piedad es compatible con la justicia? Pues en la apariencia y para esos espíritus ó superficiales ó descreídos ó malévolos, la invasion de los bárbaros fué una gran catástrofe, fué solo la muerte, de una gran civilizacion, fué solo luto, sangre, exterminio, desolacion, la fuerza bruta sobrepuesta al derecho, la barbarie triunfando de la cultura, un suceso, en fin, que les mueve á decir con pretencioso tono y exceptica sonrisa:—¿Qué hacia en aquella época la Providencia? ¿Cómo no velaba por sus hijos? ¿Porque consentia tantos horrores? ¿Porque esperó á que gran parte de la sociedad antigua fuese cristiana, á que el poder y la autoridad de los papas fuesen reconocidos, para lanzar sobre aquella sociedad las brutales hordas del Norte...? Y por este estilo continúan formulando cargos al Sér ante quien respetuosos deberian doblar la rodilla, ó porque su escasa inteligencia no alcanza á comprenderle ó porque el exceso de su malicia les lleva á negarle; pero es tal, como no puede menos de serlo, la falta de fundamento de semejantes cargos que, para el hombre pensador, de inteligencia cultivada y ánimo sano, no pueden inspirar otra cosa que burla y desprecio.

Los que investigan con imparcialidad, con desapasionamiento, las causas de los hechos históricos y sus efectos, los verdaderos filósofos de la Historia, aprecian de modo muy distinto suceso de tanta trascendencia, tan evidentemente providencial como la invasion de los bárbaros. Forma parte de la medicina ó más bien de la cirugía moderna, una operacion arriesgada, de éxito dudoso, mas que parece de resultados y beneficios incalculables: la trasfusion de la sangre. ¿En qué consiste? Pues en hacer pasar á las arterias de una persona cuya sangre se ha empobrecido ó escasea hasta el punto de poner en inminente peligro su vida, el líquido

motor del corazón de otra persona sana, robusta, abundante en principios vitales. Y se cuenta que, cuando la operación ha reunido los requisitos necesarios, el individuo anémico parece que recobra nueva vida, que adquiere nuevo vigor; parece como que se verifica en él una resurrección, en cuanto cabe obrar semejante prodigio á la ciencia humana. Claro es que siendo la ciencia humana de por sí imperfecta, ni la operación está exenta de peligros, ni da siempre el resultado apetecido, ni deja de producir trastornos en las dos personas que intervienen directamente en ella; pero esto no es obstáculo para que se reconozca su bondad y su eficacia, para que se tenga, como lo es, por un gran adelanto, la trasfusión de la sangre. ¿Y acaso fué otra cosa la invasión de los bárbaros, sino una trasfusión de la sangre pura, sana, abundante en principios vitales, de los pueblos del Norte, al cuerpo empobrecido, anémico, de la sociedad antigua? ¿Acaso no es una prueba de la bondad divina, de su predilección hácia la Iglesia y la religión verdaderas, que esperase á la consolidación del triunfo de estas, para que el milagro se realizase, para que el cadáver recobrase vida y saliera de su tumba, cual Lázaro á la voz del Redentor, y realizase aun empresas mas atrevidas, mas grandes, mas colosales que las verificadas hasta entonces? La operación se llevó á cabo felizmente; el resultado fué el que se debía esperar de tan excelso cirujano. ¿Puede causar extrañeza que, no entrando en los inexcrutables designios de este echar en la balanza todo el peso de su inmenso poder, verificar el hecho por modo prodigioso, sino realizarlo por medios humanos, adolecieran estos de las imperfecciones inherentes á la humanidad? La contestación negativa se impone de un modo forzoso.

Y aun resalta más la justicia de esta contestación y la falta de fundamento de aquellos cargos de los ignorantes y de los impíos, si se tiene en cuenta el modo admirable, la perspícua previsión con que la Providencia procuró atenuar los males inevitables en un suceso de la índole del que nos ocupa. Nada mas á propósito para evitar, en lo posible, los estragos de la guerra que una religión de paz. Y nada mas adecuado para atemperar el carácter indómito y fiero de los bárbaros que una moral pura, severa, recta, intachable; nada mejor contra el decho de la fuerza que la fuerza del de-

recho, de la justicia, que representaba y representa el cristianismo. Y como hemos visto y seguiremos viendo, antes de la época de las invasiones, los pontífices cuidaron de que la luz evangélica penetrase no solo en el mundo dominado por los emperadores romanos, sino también entre las hordas bárbaras; y la semilla del cristianismo, sembrada entre ellos, no podía dejar de dar óptimos frutos, en plazo más ó menos largo, según la calidad de la tierra en que caía. Ciertamente es que las dificultades materiales con que se había de luchar para que, á pesar de las fronteras, de la distancia, del carácter de las tribus, llegase hasta estas la voz del Evangelio, había de ocasionar que esta divina luz no las iluminase siempre con toda su pureza; pero hasta las herejías, con la ceguedad del error, sirvieron á la causa de la verdad; y fué, por ejemplo, más fácil, convertir al catolicismo á los godos arrianos, que lo fué hacer católica á la inmensa mayoría de la sociedad pagana. El impulso estaba dado, sembrada la semilla: aquel había de impedir que la carrera se interrumpiese hasta llegar al fin, esta había de concluir por dar los excelentes frutos que, siempre y en todas partes, produce el árbol del cristianismo. Los hechos que en el tomo primero quedan referidos, cuya autenticidad es incontestable, y los que han de seguir, probaránlo así de modo que no admite refutación. Siempre se verá que, desde la aparición de la religión verdadera, la sociedad ha mejorado, ha adelantado tanto mas, cuanto mas íntimamente ha estado unida á la Iglesia y á sus supremos representantes, de igual manera que ha debido sus retrocesos en el buen camino, sus mayores desgracias, á haber separado sus intereses de los de la Iglesia, á sus persecuciones contra esta y los pontífices, á separar su vista de la estrella misteriosa que guió á magos á Belén y que es la única que puede enseñar al mundo la senda de la felicidad que no consiste en otra cosa sino en la salvación, en la Gloria eterna.

## II.

Reune la presente obra el doble carácter de trabajo histórico y estudio biográfico de los pontífices. Y claro está que, supuesto el fin que se propone lograr, ha de dar mayor importancia á lo pri-